

YAGO CAPABLANCA

Gigoló en Riad



Gigoló en Riad

COLECCIÓN
LITERADURA

Yago Capablanca

Gigoló en Riad



Primera edición: septiembre de 2019

© Luis Morales, 2019

© Iván González, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-120190-9-4

Dep. Legal: M-28274-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El gigoló en su laberinto*
(montaje sobre *Saudi Arabia*, CC BY-NC 2.0 Stephen Downes)

Impresión y producción gráfica: Liber Digital

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

NOTA DEL AUTOR

A pesar del lenguaje, no pocas veces procaz, y el contenido sexual de numerosos pasajes, esta obra respeta escrupulosamente toda creencia religiosa, incluido el islam. El libro no trata de religión, sino de personas, y lo único que pretende es entender un poco mejor la naturaleza humana, poniendo el dedo en la llaga donde precisamente más íntimo y silencioso es el dolor que produce: en la búsqueda de un sentido a nuestras cuadrículadas vidas de occidentales apoltronados.

Gigoló en Riad

*Ya perdí el Universo y me he perdido
a mí mismo —yo, amado de los dioses—,
su Caja de Pandora me han vertido,
rica en gajes u horóscopos atroces.
Me tientan con la pródiga cascada
de los goces... y me hunden en la nada.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

PRIMERA PARTE

POLVOS Y ARENA

1. BEBIÉNDOME ENTRE LAS DUNAS

DEBERÍA DE HACER EL MOVIMIENTO más original en el tablero de mi vida, pensé, retirarme prematuramente en el cénit, como hizo Bobby Fischer. Pero todo lo que tenía puesto, los zapatos, el traje, la corbata, el slip, era italiano. Menos la hembra del asiento de al lado, la mujer de un diplomático de la Pérfida Albión, que llevaba semanas encaprichada con mi verga de pulcro latino.

Para sentirme en equilibrio, en esta vida mía de ahora que me sienta como anillo al dedo, necesito un *tourbillon* de Parmigiani en la muñeca, un Hackett en el esqueleto y en la carretera uno de esos descapotables ingleses de los años sesenta, pero hoy tampoco le hago ascos a este GranCabrio de mi amiga. Gano 12 000 pavos en extras al mes, sin contar el estipendio como ingeniero en una multinacional de construcción civil, lo que me ha hecho un hombre relajado. Me baja la tensión la autonomía que da el dinero. Sé que me estoy convirtiendo en un hombre cada vez más libre, en simbiosis con la soledad del desierto.

Creo que pertenezco al cero coma algo por ciento de la población masculina a la que le han practicado una felación en un

Maserati como este, a más de 210 km por hora; al escaso cero coma cero algo por ciento al que se lo han hecho en una carretera vacía en medio del desierto; al cero coma cero, más la leche de ceros por ciento, que encima se embriaga en estas circunstancias sin que le pille la *mutawa*, la policía religiosa saudí.

Ella se aplica con todo el ímpetu de su raza superior. Incluso cuando me llama *my Blas de Lezo* hay una expresión de poder en su mirada. Le gusta desnudarme como a un Geyperman y ponerse encima de mí, golpeándome con la potencia amamanadora de su genética insular de copa D. Toda Margaret, con su sexualidad voraz, es poder de venganza: de este país, donde se siente oprimida como nunca en su vida; de la chacha filipina, a la que su marido se folla antes de que llegue de la clase de yoga; de su educación posvictoriana, que la mantuvo virgen hasta el matrimonio y fiel hasta que supo de la afición de su marido por el Lejano Oriente.

Ahí afuera nos freiríamos. Tengo el traje empapado a pesar del aire acondicionado. Me siento como un alquimista cuyo pene transforma los metales en oro. Supongo que ya no me sentiré así a los cuarenta. Pero ahora tengo veintiocho, un cuerpo que te cagas de currarlo cinco días por semana en el *gym* y en la piscina, y encima soy guapo, coño, soy la hostia de guapo... Y no es porque me lo diga mi abuela, que ya no está.

Conduzco tan rápido que no veo ni las líneas de la carretera. Margaret lleva varias semanas como queriendo acaparar todas mis horas de servicio, precisamente ella, la que me introdujo, aprovechando la fiesta de hace unos meses de su embajada vecina, en esta agenda oculta de sexo y compañía con mujeres de su entorno, a las que habría que llamar «clientas», a cambio de «propinas» de no menos de 600 euros la hora.

Hace tiempo que Margaret me mira como si se hubiera comido mi corazón y sus restos vagaran por su mente. Eso me inquieta, porque se diría que ha aparecido una gotera en el techo blanco de mi vida sin cordel de purasangre solitario con el falo ya cansado, un velo sobre mi brindis al sol de las relaciones estables. Sin embargo, cuanto más aburrido o solo me siento en este convento de treinta millones de personas, más dinero trato de ganar.

Para mí estar ocupado no es mirarse a los ojos y pensar que el tiempo nos apuñala, ni descubrir la verdadera acritud de nuestros afectos. He reseteado mis entrañas, y ahora actúo en *modo* máquina registradora.

Me gusta esto: ver ahí abajo la cremallera abierta por la espalda del vestido de Margaret, esas prodigiosas tetas anglosajonas acariciándome el glande de España; su boca que engulle como si mi cosa fuese un nibelungo sometido al dique derruido de sus sentidos; esa cabeza *British* y loca que se queja divertida de que la empuje hacia mí, estropeándole la permanente. Y sus palabras de después, muy especialmente la conversación improvisada y postre-
ra, cuando nos miramos como dos músicos arrojados a una nada de arena, donde estamos a gusto tocando a nuestra bola sin directores de orquesta.

Pero, como tan a menudo sucede desde que llegamos a este país, de repente toda su libertad y toda mi libertad se tensan igual que el antílope que descubre al guepardo tras las briznas del placer.

Llevan días así. Por mucho que sigamos Al Jazeera o la CNN, no sabemos bien qué pasa. La «realidad» que cuentan los medios de comunicación, la fotografía que muestran al mundo, se parece poco o nada, como un chándal a un *smoking*, a la realidad real. Un enjambre de tanques cruza frente a nosotros y me obliga a frenar en seco. A su paso quedamos cubiertos por una nube de arena. Esta

vez no es la *mutawa*. Van hacia el este. Supongo que aquí también ha florecido la Primavera Árabe. Pero parece que a nadie le importa una mierda.

2. PERRO DE RAZA

Nací en Madrid, en una clínica de la calle Juan Bravo.

Viví en el barrio de Salamanca, donde el olvido nunca tiene la tristeza de un gran angular, hasta los trece años. Disfruté de una asistenta que me subía la bragueta, de un piso de finales del XIX de techos acojonantemente altos, de unas calles anchas y limpias de mierda de perro por las que iba silbando al colegio del Pilar como un aprendiz de fascista dichoso con el pelo brillante y peinado a raya. Fui feliz. Aún no había llegado aquella otra funesta vida sudada y obrera al sur del Manzanares que vino después. Antes de eso no es que fuésemos ricos, pero aun así nos permitíamos tener un palco en el Bernabéu.

En este calor infernal del desierto de Ad-Dahna mojo ahora la magdalena de Proust y veo a mi *Madri* saltar al campo, a principios del otoño —una estación que existe por decreto en todo el mundo civilizado—, cuando ya soplaba, impregnado por las jaras, el viento de la sierra de Guadarrama, y subía el aroma a la nariz del césped mojado, y el estadio rugía con la alineación local, y ya casi se insinuaba Cortylandia y las castañas asadas en la esquina de Arenal.

Si hay algo que no termino de asimilar de los países jóvenes como este es su falta de respeto al silencio. Aquí solo puedes encontrarlo en el interior de las mezquitas. Por todos lados hay ruido y

alegría de crecer. Van de modernos, pero son horteras. Desde que en 1938 se descubrieron los primeros yacimientos de petróleo en su territorio, esta nación, que fue el primer país árabe en ingresar en el G20, no ha hecho otra cosa que echarse a perder.

No soporto la estética de la modernidad. Ni su ritmo acelerado, ni el feísmo de sus propuestas arquitectónicas, ni la uniformidad de sus mentes de teledictos zapeando en la inanidad. Me parece una huida hacia adelante, la de esa sociedad occidental u occidentalizada con sus adicciones (a las pantallitas, a los psicofármacos, a las relaciones tóxicas, a la bollería industrial, a sus hábitos mezquinos), que comparte su aburrimiento vital en las redes sociales. Una sociedad que hace viral el susto de tu perro cuando lo lavas con champú merece perecer bajo las radiaciones de este sol árabe. Una sociedad que consume por encima de sus posibilidades y, peor aún, por encima de las posibilidades de su entorno natural, merece pasarlas putas una noche de enero por los campos de Castilla en calzoncillos. La obesidad, epidemia de nuestros días elevada a categoría de problema de Estado (mientras tres cuartas partes del mundo luchan por conseguir hacer dos comidas al día), se combate mejor con un clásico racionamiento de alimentos de posguerra que con charlas en los colegios. Acaso estoy en esta tumba de arena follando como un loco y divagando sobre todo esto, sin orden ni concierto, para redimir a la humanidad entera.

Doy un sorbo a mi té de pasas. Ya no sé a qué sociedad pertenezco, y lo que es peor, a cuál quiero pertenecer.

Llevo encima cosas caras pero perdurables. A veces me da por pensar que solo lo perdurable merece la pena en esta vida. No hay nada más reprochable en el lujo que la falta de gusto. Debería estar también aquí, como casi todo, prohibido. Pero muy al contrario, los veraneos de la familia real saudí y su séquito de

ochocientas personas, en Marbella o Tánger, son cualquier cosa menos discretos.

Por lo demás, me gusta reclinar-me como un romano en esos sofás árabes y degustar en silencio un buen *fuul* cocinado a fuego lento. El alimento no es un trámite entre negocios. Cuando como, odio que me den la murga. Solo al terminar, hablo. Primero, mastico. No saber comer también es falta de gusto. Me dan lástima todos estos guiris de países nuevos que pululan por sus *compounds* (los guetos gama *premium* o jaulas de oro en los que vivimos los occidentales), encerrados en sus decorados cartón piedra con *amenities*. No saben lo que es este aire que casi puede cortarse con los sables para la decapitación. Esos sables, su ardor, tienen algo de catarsis.

Todos estos ejecutivos que acuden a la miel arábica de los varios ceros al mes en su cuenta corriente, tan civilizadamente jóvenes (o sea, sin civilizar) carecen del poso árabe de la espera, que, como la buena gastronomía, es el arte de la masticación y del silencio. Un encuentro sexual, una buena comida, una casa habitable, degustar la naturaleza son cuestión de gusto.

Ya desde que era un niño me gustaba montarme un *performance* emocional lejano al vulgo. Mi abuela, la de los apellidos compuestos, me prestaba los domingos que iba a verla un par de candelabros con los que yo jugaba avanzando en la penumbra de su pasillo, en una particular versión de Drácula. Era acojonantemente feliz en aquella casa, en aquel barrio, en aquel ecosistema a la medida de un infante, sin saber todavía cómo los cisnes negros esnifan la muerte.

Pero llegaron mi cumpleaños de los doce, los tratamientos del cáncer de mi padre en Houston, el ataúd oscuro bajo la lluvia, los números rojos, la venta precipitada de la casa. El cambio de cole-

gio, de ecosistema. Ser lanzado al mundo, con las defensas aún por desarrollar.

Mi viaje al sur del Manzanares, al sur de las cosas, a Usera, al mismo bloque, en aquella barriada obrera de Orcasitas, de la tía Anita, la única hermana de mi madre, la casada con el operario que trabajaba en Mercamadrid y que celebraba la Navidad con una camiseta Abanderado de tirantes puesta. Era la rama humilde de mi árbol genealógico. La que estaba al sur. Los nietos y bisnietos de los que perdieron la guerra. Los hijos de emigrantes extremeños y andaluces. El Atleti. El mal gusto. Y los chinos empezando a llegar al barrio, justo cuando se comenzaba a recuperar de la peste ochentera de la heroína.

A un niño del *Madri* que juega a la peonza en Claudio Coello o monta en patines en la plaza de Felipe II, y que tiene el Retiro a cinco minutos andando, la vida no puede bajarle de esa manera los pantalones en territorio comanche.

3. COMER, BEBER, FOLLAR

El último quiromante de la pelota que ha pasado por el Bernabéu, cuyo juego —único en profundidad, sencillez y grandeza— aportó al fútbol lo que la poesía a la literatura, fue Zizou.

Zinedine Zidane es tímido y antipático ante los focos. Maldita la gracia que le hace asistir a actos publicitarios por petición del Presi. Como todo futbolista de élite tiene una novia que está buena, pero, cuando se quita la camiseta, no luce un cuerpo de diseño, sino unos bíceps discretos. Es un antimoderno. Esputa con

flema y no se ríe aunque le haga cosquillas Laetitia Casta. Su origen argelino le pinta cara de malo, pero es un bueno *ad hoc*, dentro y fuera del césped.

Rashed tiene algo de Zidane en su actitud ante la vida. Trabaja como mediador local, una suerte de agente libre de importación-exportación que nos hace las veces de traductor y nos saca de no pocos apuros en las gestiones portuarias y aduaneras de mi empresa. Es un seguidor, pero a pequeña escala. Es uno de los pocos árabes a los que, por petición de Felipe y mía, dejan atravesar el control de policías armados con metralletas del *compound*, y el único del club que me gana regularmente al ajedrez. Siempre mira con silencio y hondura las noticias de la tele, como si se diera un baño de agua fresca mientras rumia resoluciones mentales a los conflictos del mundo. Pero otro día hablaré más de Rashed.

Estamos sentados con unos cuantos hijos de la Gran Bretaña frente a Internet, viendo un vídeo de Qatif en el que un pavo grita: «Que se muera la casa Saud». Felipe se descojona. No lo han reproducido en ninguna de las televisiones oficiales. Hay que joderse con estos moros, protesta Felipe. Los británicos le miran con cara de póquer. Para Felipe todos los árabes son moros, da igual que vengan del Magreb o de la estrella Sirio. Pero no hay tufillo alguno de xenofobia en sus palabras, pues es muy consciente de su propia condición de emigrante. Para él, el mundo es un lugar sencillo y dichoso donde puedes limpiarte el culo con la metafísica, el karma, la trascendencia y cosas así, mientras vivas y dejes vivir.

Yo creo que Felipe es el único guiri en Arabia que no sueña con crear una empresa *offshore* en alguno de esos paraísos fiscales donde los occidentales que cortan el bacalao dejan el dinero a nombre de la cuñada (con la que se acaban fugando) para evadir impuestos.

Un noventa y ocho por ciento de la peña que viene a Arabia no lo hace por las delicias del clima, su modo de vida o sus magníficas playas. No es precisamente el turismo de masas lo que adultera sus ciudades y sus paisajes, pues no se conceden visados de turista y la marca *Arabia* no se pasea precisamente por las Ferias Internacionales de Turismo como una puta por la barra de un club de alterne. Aquí no hay nada que hacer, cantan todos a capela. Coge el dinero y corre, grita Felipe a los guiris de la mesa de al lado, amagando con arrojarles un puñado de dólares.

Quién coño va a querer estar en un lugar donde solo puedes ver mujeres —*cucarachas*, como las llama el cabrón por su indumentaria— en los centros comerciales.

Todos los guiris con los que me relaciono siempre están hablando de lo mismo: de *Real Estate*, de sociedades fantasmas libres de impuestos, del color del dinero. Felipe no. Para él, el dinero es un concepto tan abstracto como la teoría existencialista de Martin Heidegger.

Felipe, cinco años mayor que yo, casi quince centímetros menos, es un ingeniero cojonudo. Tiene un talento innato para construir puentes sobre los ríos y también para tenderlos entre las personas que ni él mismo comprende, pues de casta no le viene al galgo. No es ambicioso, más bien relajado y sincero. Tiene la nariz chata, los ojos tirando a saltones, el pelo oscuro, corto y rizado, y muestra cierta redondez en su figura. Es un tipo realista y práctico. Eso sí, se queja demasiado. Y, además, es un bocazas. Aunque, ejerciendo de ingeniero, adopte un tono germánico, no deja de ser inevitablemente español. Un español se queja siempre, por todo. Es normal: los españoles viven en el mejor país del mundo, pero han viajado poco y mal, sobre todo mal. Al español medio, de natural cazurro, le quedan demasiado grandes cosas como la comprensión

lectora y la democracia, aunque vaya por la vida de entendido. De todo opina y sobre cualquier tema parece saber, provocando así discusiones, pero rascas un poco y al final el español *no sabe / no contesta*. Somos lo que somos, una ruidosa comunidad de vecinos mal avenida, y tenemos lo que nos merecemos: morosidad. Si dijese esto, en el pleno ejercicio de mi libertad de expresión, en un foro de Internet de España, me lincharían a los diez minutos. Pura testarudez hispánica.

Felipe busca lo que buscan la mayoría de los españoles —algo que un anglosajón no intuye en su *roast beef*—: vivir. Quizá cutremente, pero vivir. Felipe pertenece al dos por ciento que viene a Arabia Saudí en pos de algo tan indefinido como el oficio de vivir. Y, como buen conquistador extremeño, no cesa en el empeño.

Es el único español de mi *compound*, y uno de los pocos españoles con los que me cruzo, o hago por cruzarme, a diario en Riad, donde, según nuestra embajada, hay 2400 registrados. Siempre que Felipe se pira unos días a Dubái y paga mucho, tiene bastante éxito con las mujeres que se venden. Se jacta de conocer los mejores prostíbulos de Extremoduro, como le gusta llamar a su tierra. Nació en el mismo pueblo que Hernán Cortés, pero creció en la capital de la provincia, donde le espera una novia con la que lleva media vida posponiendo su boda y su viaje sin retorno a la paternidad. Se llama María Eulalia, como la patrona de su Mérida natal, y la veo mostrar una sonrisa espectacular por el Skype cada vez que Felipe, el tío más desprendido del mundo con el dinero (al menos mientras lo tenga), le manda dos mil pavos para «que no te olvides de mí».

Felipe intentó entrar en el chiringuito vaginal que me he montado, pero Margaret le dijo que era demasiado feo y gordo y zafio y que no podría excitar ni a una octogenaria. Por mucho que

yo le pintaba de torero y decía a Margaret que él representaba otro concepto de Blas de Lezo, pero más *pornofriki*, ella insistía en que sus higiénicas camaradas de la *Commonwealth* nunca se meterían «la morcilla de ese simio grotesco».

Pero Felipe no es un tipo rencoroso. Casi todas las discusiones las zanja con un refrán. No le ha retirado el saludo a Margaret, a pesar de todo, e incluso sigue mirándole el culo y dedicándole algún piropo salvable. Tiene una vida diseñada con escuadra y cartabón. Es de los que no se complica al elegir en las heladerías, porque siempre pide de chocolate. Lo cierto es que a quien echa de verdad de menos en nuestra vida árabe es a *Castro*, su bulldog. Está cabreado por eso desde que llegó a Riad. Estos moros degenerados no me dejaron traerme al perro, se queja a menudo. Todos los días habla por Skype con la buena de Eulalia, pero yo creo que con quien dialoga de veras Felipe es con *Castro*, al que ella sostiene pacientemente y con abnegación en sus brazos frente a la pantalla. Cuando Felipe se cabrea o suelta alguna gilipollez, el animal se revuelve y ladra. Entonces su amado amo rebaja el tono de voz, consciente de la distancia que los separa. Se entienden a la perfección.

4. LOS FANTASMAS DE RIAD

—¿Dónde van mis cucarachas a la moda? —les grita Felipe a unas irlandesas que salen de las duchas del gimnasio ataviadas con sus *abayas* y que le saludan con el dedo corazón rígido mientras levantan la mano cerrada en un puño, haciéndole un *flipping the bird*, que dirían ellas, o sea, una peineta. Está prohibido que las mujeres